

suceso, pero sólo repitiendo rumores que corrían tanto sobre Krawtschinski como sobre mí, pues tan pronto se nos acusaba al uno como al otro. Por fortuna, mis temores eran infundados y mi amigo está en Londres libre de todo peligro.

CAPÍTULO XI

La visita del ministro.—El traje de condenado. La prisión de Kiew

Algún tiempo después de mi condena, una actividad desacostumbrada reinó en la prisión de Odesa. Se esperaba al ministro de Justicia, que debía venir á inspeccionar el establecimiento. Todos mis efectos me fueron retirados, excepto la paja y la cubeta.

Un día el ministro hizo su aparición acompañado de numerosa escolta, entre la que se encontraba el gobernador de la ciudad. Desde que me divisó Nabokoff me llamó por mi nombre y me saludó. Este incidente imprevisto pareció producir impresión profunda en el espíritu del bravo gobernador.

—¿Vuestra excelencia sabe quién es Deutsch?

—¡Oh! Sí, nos hemos encontrado ya en Petersburgo—respondió Nabokoff con el tono de un hombre que evoca un agradable recuerdo;—no fué en una prisión entonces, sino en un salón.

Se volvió hacia mí y me dijo que había recibido mi queja y la comunicó en seguida á Su Majestad, pero el zar dijo que perteneciendo al ejército en el momento de mi crimen, debía ser juzgado por un tribunal militar, y el ministro tuvo que conformarse con esta decisión.

El modo como me trataban en la prisión pareció disgustarle: inspeccionó minuciosamente mi celda y me hizo varias preguntas: si estaba contento del reglamento, si tenía quejas que formular, y supe por él que en la primera ocasión iba á ser transportado á Moscou, donde pasaría el invierno, esperando ser enviado á Siberia.

Las palabras que el ministro me había dirigido confiaron completamente á la administración de la cárcel. Apenas se alejó su excelencia, el director se precipitó hacia mí y me hizo dar otra celda mucho más cómoda, donde había un buen lecho, una mesa y una silla.

¡Ahí es nada! ¡El ministro en persona le había dado nuevas de Deutsch á Su Majestad! No se necesitaba más para impresionar estas almas de funcionarios. A sus ojos me había convertido en un personaje importante. Es así como una vez condenado se me concedieron mil pequeños objetos que en vano había reclamado hasta entonces siendo un simple detenido. ¡Y todo porque se había hablado de mí á Su Majestad!

Se llevó la amabilidad hasta darme numerosos libros de un gabinete de lectura. Claro que esto no provenía de la iniciativa privada del director de la cárcel, sino de órdenes dadas por los tres altos funcionarios, que se mostraban tan cariñosos para mí como arrogantes fueron otras veces. Este ejemplo hace conocer los procedimientos empleados con los prisioneros.

Pero yo no debía gozar largo tiempo estos favores. Dos semanas después se me comunicó que aquella misma tarde formaría parte de un convoy de condenados que iba á Moscou. Se procedió en seguida al cambio de traje que debía transformarme en condenado. Hoy todavía, des-

pués de veinte años, enrojeczo y tiemblo al recordarlo.

Fuí conducido á una estancia donde se encontraban reunidos todos los objetos necesarios al equipo de un condenado. Sobre el suelo se veían las cadenas, y sobre un banco los vestidos, las botas y la lencería. Se escogió una cadena que iba bien á mi estatura y se me hizo pasar á otra pieza; allí me afeitaron los cabellos sobre el lado derecho solamente, mientras que el izquierdo era sólo cortado. Había visto en las prisiones individuos arreglados de esta suerte y había recibido mala impresión; pero ahora, al verme yo al espejo, un frío glacial me pasó por la médula. Tuve la impresión de que estaba separado de la sociedad y desprovisto de mi dignidad de hombre. Me acordé de la bárbara costumbre que existía todavía en Rusia, hasta hace pocos años, de marcar al criminal con hierro rojo.

En esta misma pieza se encontraba un condenado que debía ponerme las cadenas. Me hicieron sentar sobre un taburete y colocar los pies sobre un yunque. El herrero pasó los anillos de hierro alrededor de mis tobillos y los unió con las cadenas; cada golpe de martillo resonaba en mi corazón. Una nueva existencia empezaba para mí. Ya no era un hombre, era un condenado.

A este sentimiento de depresión se añadía la fatiga física. Al principio las cadenas me causaban un tormento insoportable cuando andaba y me impedían dormir; es necesario también cierto hábito para poderse vestir y desnudar cuando se está amarrado. Estos hierros, que no pesan menos de doce libras, no sólo hacen la marcha difícil, sino que causan un gran dolor, porque arrancan la piel de los tobillos, y el cuero de que los anillos

están revestidos interiormente no nos preserva. Hay también otro odioso martirio, el ruido de los hierros á cada momento. Esto excita los nervios, recuerda al prisionero que es un paria para los hombres, que está, en una palabra, fuera de la ley.

La metamorfosis del condenado se completa con el traje que se le hace vestir: consiste en una blusa gris de una tela especial y un pantalón. Los condenados á trabajos forzados llevan sobre la blusa una especie de delantal de paño amarillo. Los pies se calzan con zapatos llamados «zapatillas rusas» y pantuflas de cuero. Todo esto es incómodo, rudo y desproporcionado á la talla de los prisioneros. Cuando me vi en el espejo, apenas pude reconocerme.

—Durante años y años debo llevar este odioso vestido—pensé.

Hasta los gendarmes me miraron con piedad.

—¡Sea usted un hombre de valor!—me dijeron.

—Se acostumbra uno á todo; también me habitaré á esto—respondí.

Distribuí entre mis guardianes trajes y lencería que ya no servían para mí; el reloj y el estuche de cigarros lo envié por el correo á mis parientes; no guardé más que los libros. Me habían dado un saco para meter la muda de ropa y pude colocar entre ella algunos volúmenes de Shakespeare, de Goethe, de Heine, de Molière y de Rousseau. Esto hecho, estuve dispuesto á partir.

La tarde vino. El oficial que debía dirigir el convoy apareció en la prisión con sus hombres y tomó posesión del destacamento. Se nos condujo á la oficina; cada condenado tenía una ficha sobre la cual estaba escrito su nombre, su número, sus señas y la lista de objetos que llevaba. Una fotografía iba adjunta á la ficha de los condenados

políticos. El oficial examinó las fichas una después de otra y nos hizo formar en el patio. Los soldados nos rodearon. El oficial se quitó su gorro de policía é hizo la señal de la cruz.

—¡Buen viaje! ¡Seguir bien!—gritó el personal de la casa.

—¡Gracias!—respondió el oficial, y dió la señal de partida.

Nos dirigimos á paso lento hacia la estación á través de las calles de la ciudad. Desde mi extradición había sido tratado tan pronto como reo de derecho común, tan pronto como político; desde que fui incorporado al convoy, se me trató como político siempre.

Así es que durante el trayecto en camino de hierro no se me dejó entre los condenados ordinarios, sino en un compartimento reservado.

Yo iba en un vagón espacioso y me pude instalar cómodamente, en tanto que los de derecho común estaban prensados unos contra otros como sardinas. Pero el trayecto fué más monótono para mí, porque los soldados, en presencia del oficial, no osaban decir una palabra. Al cabo de veinticuatro horas llegamos á Kiew, donde se había decidido que descansáramos un día. Bajamos del tren y fuimos otra vez colocados en fila entre soldados. Después de un largo camino al través de las calles, llegamos á la prisión.

Sentí una extraña impresión, después de largos años de vagar por Rusia y el extranjero, al atravesar las calles de mi ciudad natal. No había vuelto á ella desde la época en que me evadí de la prisión en 1878, hacía seis años ya: ahora volvía con cadenas en los pies y el uniforme de la ignominia sobre el pecho. No era un ciudadano libre, era un presidiario.

—¡Adelante! ¡Adelante! ¡Siga usted!—oí gritar detrás de mí, y me sentí golpear en la espalda con la culata de un fusil.

—¡Todo ha acabado para mí!—pensé.

Y me representaba todas las humillaciones y todos los ultrajes de que tendría que ser víctima en el porvenir.

El oficial había notado el incidente y reprendió al soldado por su manera de tratarme.

Habíamos llegado. Los prisioneros fueron contados uno después de otro como los carneros y se nos hizo pasar la puerta. Se nos condujo inmediatamente al despacho. Todo había cambiado; no encontré más que caras nuevas. El viejo y gordo capitán Kowalski no estaba ya allí; todo el resto del personal había sido destinado lejos.

—Usted se escapó de aquí, ¿no es cierto?—me preguntó un hombre de talla gigantesca, que llevaba uniforme de empleado de la cárcel. Era el nuevo director, llamado Simacko.

Le respondí que sí.

—¡Ah! ¡Ah! Había usted preparado bien la cosa —me dijo riendo.

Había sido muy sencillo: uno de mis compañeros, Frolenko, se había provisto de papeles falsos y ocupó el puesto de vigilante. Una noche nos sacó de la prisión á Stefanowitch, Bochanowski y á mí vestidos de carceleros.

Después de todas las formalidades de costumbre me condujo á una celda. Al atravesar los corredores noté transformaciones numerosas. La celda á que me llevaron era extraordinariamente larga y llena de camas de madera. Debía estar destinada para recibir por poco tiempo gran número de prisioneros, y á mí provisionalmente, para no tenerme con los demás del convoy.

La prisión de Kiew tiene una historia interesante, de episodios variados y al mismo tiempo de los más tristes. Se encontrará difícilmente en Rusia un establecimiento del mismo género que se le pueda comparar, incluso la misma fortaleza de Pedro y Pablo.

Ella había sido teatro de un gran número de evasiones: nosotros tres, complicados en el proceso de Schigirin; luego el estudiante Izbitzky y un inglés llamado Beverley. Estos habían recorrido ya un largo espacio cuando el centinela se apercibió é hizo fuego sobre ellos; el inglés cayó mortalmente herido y el estudiante fué aprisionado de nuevo.

Cuatro años después, en 1882, el estudiante Wazil Ivanoff, afiliado á la Narodnaja Volja, se evadió también con ayuda de un oficial que mandaba la guardia. Poco antes de mi llegada, Wladimiro Bytschkoff se había escapado de una manera misteriosa.

Todavía hoy la administración no ha descubierto el enigma y busca en vano qué procedimiento empleó.

Los muros de los calabozos han sido testigos de varios dramas sombríos. Un gran número de revolucionarios han pasado allí sus últimos días antes de ser conducidos al patíbulo ó deportados á Siberia.

Exceptuada la fortaleza de Pedro y Pablo y la prisión de Odesa, yo no he encontrado nada semejante más que la ciudadela de Varsovia. Por otra parte, la prisión Kiew tiene fama por los conflictos que han estallado entre los revolucionarios prisioneros y las autoridades. La tradición de estos acontecimientos está todavía viva. Todos los detenidos políticos se acuerdan del «tiempo vie-

jo», es decir, los años particularmente agitados que transcurrieron de 1877 á 1879. La generación nueva los conoce también y los llama «la edad heroica». Los funcionarios y los prisioneros de derecho común que desempeñan aquí ciertos servicios los recuerdan igualmente. Las autoridades no han podido jamás extinguir el espíritu de independencia que existe en estos muros, y apenas la puerta de mi celda se cerró tras de mí tuve una nueva prueba.

Escuché que alguien decía:

—Los *políticos* le ruegan que escriba su nombre y les diga en qué proceso está usted complicado.

Me aproximé á la puerta y noté que estas palabras eran pronunciadas á través de la rejilla por un preso de delito común. Como le respondiera que no tenía con qué escribir, me hizo pasar un lápiz y un pedazo de papel. Conté mi historia en breves palabras y rogué á mis camaradas que me dijeran á su vez sus nombres, el tiempo que estaban en la prisión y el asunto por que se les perseguía. El mismo hombre volvió bien pronto con una respuesta que terminaba con estas palabras:

«Tendrá usted pronto detalles de viva voz que le darán las señoras.»

En efecto, inmediatamente después escuché una voz de mujer que me pedía llegase hasta la ventana; no la podía abrir, y sin perder tiempo rompí dos cristales.

Allí se encontraban las mujeres de dos condenados políticos. Paraskowia Schebalina y Witolda Rechniewskaja daban un paseo en el patio de su departamento, y mi ventana se encontraba cerca del muro que separaba los dos patios. Pu-

dimos entrar fácilmente en conversación y supe muchos detalles á propósito de los prisioneros políticos, que eran muy numerosos.

Poco tiempo antes se había denunciado un complot político, en el que estaban complicadas doce personas, entre ellas el marido de madame Schebolina, y ella misma había sido condenada á la deportación por el simple pretexto de haber encontrado en su casa caracteres tipográficos que sirvieron para componer un manifiesto secreto.

Nuestra conversación fué interrumpida por la llegada del subdirector de la cárcel.

—¡Cómo! ¿Ha roto usted ya la ventana?

—Sí—respondí,—porque no era posible abrirla.

—Será usted el primero en sufrir, porque se helará esta noche.

En efecto, hacía un tiempo glacial de Noviembre. El funcionario se volvió hacia las dos mujeres y les ordenó alejarse, porque estaba prohibido detenerse debajo de la puerta; ellas le contestaron que era él quien debía irse y dejarlas tranquilas.

Madame Schebalina estaba particularmente irritada. Era una joven de temperamento sanguíneo, desbordante de vida, que á la sola vista de un empleado de la prisión se ponía nerviosa y hacía temer un conflicto.

Witolda Rechniewskaja participaba igualmente de la cautividad de su marido. Formaban una pareja llena de salud y de juventud. Tadeo Rechniewski tenía veintiún años y había abandonado los cursos de Derecho en la Universidad de Petersburgo. Fué arrestado en 1884. Se encontraba en Kiew sometido á una indagatoria por su participación en El Proletariado, sociedad política polonesa, cuyos miembros fueron juzgados en 1885 en Varsovia.

Entre las personas que acabo de citar, sujetas á prisión preventiva se encontraban también un gran número de individuos condenados á destierro por «las vías administrativas» á causa de las algaradas de la Universidad de Kiew, en las cuales se había arrestado á numerosos estudiantes.

Las impresiones nuevas ocuparon mi pensamiento, impidiéndome dormir. Eché sobre mi lecho de madera la piel de carnero que me habían dado y me cubrí con mi blusa. La noche era terriblemente fría; el viento penetraba á través de los vidrios rotos. Apoyé la cabeza sobre mi saco, pero las obras de los clásicos ingleses, alemanes y franceses formaban una almohada que no tenía nada de blanda, y en largo tiempo no pude dormir. De pronto me despertó el ruido de una querella; me precipité á la puerta para preguntar al guardián qué pasaba. Después de haberse hecho llamar varias veces vino al fin, y me dijo que era una riña entre dos condenados de derecho común en la celda vecina. Uno de ellos había ocultado algunos rublos; el otro lo notó y quiso estrangularlo para robarle su dinero, pero había tenido tiempo de pedir auxilio.

—Estos bribones no se fían jamás los unos de los otros—me dijo el guardián con tono de los más calmosos y flemáticos.

Y volvió á su puesto, en donde no tardó en adormecerse.

La tentativa de asesinato no turbó la calma. El guardián tranquilizó á todo el mundo y se restableció el orden. Todos los días ocurría la misma cosa.

Por la mañana, el director de la prisión me anunció que el jefe de gendarmería iba á venir á verme. Vi llegar al comandante Nowitzky. No lo

conocía, pero circulaban entre nosotros anécdotas encantadoras respecto á este sujeto. Vino acompañado de su subteniente, y me hizo las preguntas usuales.

—¿Tiene usted alguna reclamación que hacer?

Después empezó á bromear conmigo y evocar recuerdos; tenía curiosidad de saber si me había encontrado en el extranjero con Debogory Mokriewitch, el cual fué preso en Kiew en 1879 y condenado á trabajos forzados; pero en el camino de Siberia «había puesto pies en polvorosa», cambiando su nombre con el de un reo de derecho común.

Le respondí que lo había visto en Suiza, y continuó preguntándome:

—Y ahora ¿qué hace allá abajo?

Se hubiera creído, oyéndole, que era alguno de sus parientes, pues hablaba de él con familiaridad, llamándolo por su nombre de bautismo y por su nombre de familia.

Lo mismo que el coronel Ivanoff, de Petersburgo, que había conocido todos mis viejos amigos, me hizo grandes elogios de ellos, lo que no impedía que los hubieran perseguido con encarnizamiento.

¡Todos estos esbirros son, realmente, «buenos muchachos»!

CAPÍTULO XII

Nuevos conocidos.—Los conspiradores de Romny.—Llegada á Moscou.—Compañeros de miseria.—Un capitán de buen corazón.

A la mañana siguiente fuimos conducidos á la dirección, donde se tomaron disposiciones para continuar nuestro viaje. Una vez cumplidas las formalidades, el director me llamó aparte en una pieza vecina.

—Encontrará usted aquí—me dijo—camaradas con los cuales hará el viaje á Moscou.

En mi conversación con las dos señoras me habían dicho que dos deportados por la vía administrativa, Wladimir Maljevani y Ana Ptschelkina, serían mis compañeros de viaje, y yo deseaba tratarlos. Conocía ya desde largo tiempo el nombre de Maljevani, antiguo secretario del Consejo municipal de Odesa, que había sido deportado á Siberia en 1879 y que se escapó al cabo de algún tiempo, pero había sido arrestado de nuevo y se le llevaba al destierro por otros cinco años.

Cuando volví al despacho encontré dos señoras jóvenes elegantemente vestidas, un señor con barba negra y un oficial de uniforme.

Una de las damas estaba apoyada en la puerta: le presenté la mano para saludarla y se retiró con

viveza, mirándome fijamente entre sorprendida é indignada. Sin duda me creía un criminal peligroso. Le dije mi nombre riendo, y entonces la joven me tomó la mano y la estrechó cordialmente, profiriendo mil excusas. Era una hermana de Ana Ptschelkina, que había venido á dar el último adiós á la pobre desterrada. El hombre de la barba negra era Maljevani, la otra dama, de aspecto enfermizo y rostro expresivo, era Ana Ptschelkina, condenada á deportación en Siberia por tres años. En cuanto al oficial, era el capitán Walkoff, que mandaba nuestro convoy. En calidad de deportados hicimos pronto conocimiento y empezamos una animada conversación.

Gracias á mi rostro afeitado, á mi traje y mis cadenas, formaba un notable contraste con los otros, que parecían personas bien educadas y respetables. Noté en los ojos de las dos hermanas, y sobre todo en los de la más joven, una expresión de piedad por mi suerte. Veían por primera vez un socialista calificado de criminal, privado de todos sus derechos y condenado á un sombrío porvenir. La joven me preguntó si tenía algún encargo que confiarle y me presentó un lápiz y un papel. Tracé algunas palabras de agradecimiento y escribí el título de algunos libros de matemáticas que desearía tener. Ella me prometió enviármelos, pero sea que lo haya olvidado ó que perdiera mi nota, los libros no llegaron nunca.

Maljevani y Ana montaron en un coche y se dirigieron á la estación. Yo preferí ir á pie. Atravesé de nuevo con el destacamento y las cadenas las calles de mi ciudad natal.

¿Cuándo y en qué circunstancias las vería de nuevo?

Nos colocaron á los tres en un compartimento

preparado para nosotros por los organizadores del convoy, y el oficial ocupó un coche reservado. Nos instalamos cómodamente y el tren emprendió su camino.

Quise conocer por qué mis compañeros de miserias habían sido desterrados. En los hechos que me refirieron, y como pasaba con la mayoría de los condenados por las vías administrativas, busqué en vano una vaga apariencia de lo que se designa con el nombre de *delito*.

En este caso, como en tantos otros, los culpables habían sido arrestados por suponerles *malos pensamientos* desde el punto de vista político, expresión diaria, pero difícil de definir, por la cual se castiga á un gran número de personas. Un joven ó una mujer tienen relaciones con tal ó cual persona sospechosa, y se cree por esto que pueden ser *mal pensados*. Si se hace un registro domiciliario y la policía encuentra un libro prohibido ó de lectura dudosa, las consecuencias no tardan en hacerse sentir: la prisión y el destierro á Siberia.

Parece increíble que las gentes puedan estar presas largos años sin que ninguna instrucción judicial se lleve á efecto; es suficiente una orden de un oficial de gendarmería, ó lo que es más extraño aún, el simple aviso de uno de sus subordinados, aviso en la mayoría de los casos dictado por la ignorancia, para poder enviar, sin otra forma de proceso, á los desiertos de la Siberia. Aunque se esté habituado en Rusia á estos extraños procedimientos, no se puede reprimir cierto asombro cada vez que se sabe un hecho de este género.

Cuando nos aproximamos á una estación importante, el comandante del convoy nos hizo saber que se unirían á nosotros algunos desterrados

políticos. En efecto, al detenerse el tren entraron en nuestro compartimento dos jovencitas de diez y ocho á veinte años y dos jóvenes.

Aunque los tres que veníamos de Kiew fuésemos jóvenes, aun parecíamos viejos al lado de esos niños en la flor de la juventud. Recibimos cordialmente á los recién llegados y les preguntamos, como es natural, los motivos de su triste suerte.

He aquí lo que nos dijeron:

En el gobierno de Poltava se encuentra la pequeña villa de Romny, donde hay un colegio de señoritas. Dos ó tres de las escolares decidieron un día leer en común ciertos libros; eran libros de uso corriente, que no estaban prohibidos á nadie. Otras varias personas se unieron á ellas y se formó un pequeño círculo de lectores: excelente medio para pasar el tiempo en las largas veladas de invierno, en aquel monótono rincón de provincia. ¡Ninguno del pequeño círculo trató de ocultar su existencia, porque nadie pensaba tuviese nada de punible! ¡Pero el ojo de la ley estaba abierto!

El oficial de gendarmería de la localidad supo explotar el suceso. Desde hacía años, el hombre no encontraba medio de descubrir el menor complot ni ninguna sociedad secreta. Ahora las circunstancias le favorecían; iba, al fin, á encontrar empleo á sus brillantes facultades; á hacer resaltar su celo *por el zar y por la patria*; á atraer sobre él la atención de sus jefes; á obtener la cinta de cualquier orden más ó menos importante. Una noche se presentó de un modo imprevisto en la casa de las escolares y se apoderó de todo. Naturalmente, no encontró nada *sospechoso*, pero con el susto de su brusca aparición, las jóvenes dije-

ron que se *reunían* para leer en común. ¡No necesitó más el valiente capitán para denunciar «la sociedad secreta de Romny»! Las jóvenes y sus amigos fueron reducidos á prisión. La información enviada á Petersburgo decía «que estos sujetos habían discutido en común cuestiones sociales, y que por consecuencia, y después del aviso del oficial, los culpables debían ser deportados á Siberia».

Cuando las jóvenes me contaron la historia sencilla que constituía su crimen, me costaba trabajo creerla: aunque no me hiciese ilusiones acerca de las prácticas judiciales comunmente empleadas en Rusia, no quería admitir que no hubiese alguna otra cosa más. Necesité hacer conocimiento con los «conspiradores de Romny» y con otros muchos reos de Estado del mismo género para convencerme bien de la imaginación y fantasía de los gendarmes, la policía secreta y los funcionarios de seguridad general, que veían en los hechos más insignificantes, las suposiciones y las apariencias más vagas, un pretexto para perseguir y enviar al destierro gentes inofensivas.

Después de una detención provisional, las jóvenes fueron expedidas á Siberia por tres años, pero como la navegación en los ríos siberianos no comienza hasta el mes de Mayo, debían pasar todo el invierno con nosotros en Moscou en una cárcel central para ser deportadas, lo que equivalía á seis ú ocho meses más de prisión.

—¿No recuerda usted los procedimientos de la Inquisición?—decíamos cada vez que la conversación recaía sobre la deportación por la vía administrativa.

El oficial del convoy escuchaba todo esto, y

algunas veces se entablaba vivísima discusión. Como es natural, él no podía participar de nuestra manera de ver la situación política de Rusia. Una vez tuvo la buena fortuna de encontrar un partidario de la corona. Cuando llegamos á una estación importante, la de Toula á Orel, Ana Ptschelkina abrió la ventanilla, que estaba protegida por una reja, á fin de respirar un poco de aire. Sobre el andén había muchos hombres, de entre los cuales se destacó un joven como de veintitrés años, vestido con traje de gran ruso. Se aproximó á nuestro vagón y apostrofó á la joven en términos á la vez irónicos y groseros:

—¡Ah! ¡Ah! ¡Al fin estás presa! ¡Ya puedes re-funfuñar ahora!

Estallamos en una gran carcajada. Esto resumía la opinión general que se tenía de las condiciones políticas de Rusia tanto entre las masas populares como entre los altos dignatarios. Tenía razón el procurador Kotljarewski. «No se abate un árbol sin hacer caer las hojas.» Ante esta demostración grosera, nuestro oficial se encerró en un mutismo de contrariedad.

Cuando los rusos se encuentran reunidos, las más sombrías consideraciones acerca de la situación de su país se mezclan siempre con alguna anécdota alegre.

Maljevani era desde este punto de vista insuperable. Como la mayoría de los jóvenes rusos, tenía un inalterable verbo humorístico y era un cuentista delicado y notable, hasta el punto de que los soldados que estaban instalados en el ángulo de nuestro compartimento no podían retener la carcajada.

Nuestro viaje de Kiew á Moscou duró veintiocho horas; al fin echamos pie á tierra.

Resolví ir de la estación á la cárcel á pie, y todos los demás siguieron mi ejemplo, excepto nuestras *conspiradoras*, que subieron al coche. Una, que se llamaba Zerbinoff, parecía extenuada, débil y enferma; la otra, Melnikoff, por el contrario, era muy robusta, pero velaba con ternura por su amiga y no la abandonaba nunca.

Era una bella mañana de invierno; un gran frío se dejaba sentir; las casas y las calles de Moscou estaban cubiertas con una capa de nieve. Nuestras cadenas sonaban con claridad en el aire en calma, y la nieve crujía bajo nuestros pies mientras nos dirigíamos á la prisión formados en larga fila.

Pasábamos delante de las iglesias y las capillas, que son numerosas en Moscou. La mayoría de los condenados se descubrían y hacían la señal de la cruz; nosotros, *los políticos*, recordábamos los tristes acontecimientos de que tal calle ó tal plaza había sido teatro, y no faltaban puntos de analogía con nuestra situación, porque si los soberanos de Moscou habían hecho prender á sus enemigos *los sospechosos*, habían recibido el latigazo en público.

Bien pronto descubrimos en el horizonte á Butirki (nombre que da el pueblo á la prisión para deportados). Es una construcción de piedra maciza y á distancia hace el efecto de un pozo gigantesco. Está rodeada de un muro sólido, flanqueado de torres en los cuatro ángulos. La construcción de enmedio se destina á los reos de derecho común que son deportados á Siberia.

Puede contener varios millares de personas. Las diversas categorías de los políticos se encierran en las torres. Los condenados á trabajos forzados van á la *torre de Pugatcheff*, que debe su

nombre al famoso adversario de Catalina II, el cual, como se sabe, había jurado hacer saltar á Moscou y fué expuesto en una jaula de hierro hasta que la zarina lo envió al patíbulo. Los deportados por la vía administrativa se encerraban en la torre del Norte y los de prisión preventiva en la *torre de la Capilla*; por último, la cuarta torre estaba reservada á las mujeres de todas categorías.

Yo conocía de larga fecha el régimen de esta prisión, que veía pasar todos los años millares de hombres de todas condiciones, de todas las edades y de todas las provincias, deportados á Siberia. No se hablaba muy mal de ella, pero cuando llegamos delante de la puerta y pasé el sombrío arco de la entrada, una impresión cruel me asaltó.

Desde mi arresto en Friburgo, es decir, en el corto espacio de ocho meses, había recorrido tres prisiones alemanas y seis prisiones rusas, y siempre cambiaba el régimen. Por mucho que se desprecien las condiciones materiales de la vida, no puede evitarse una cierta inquietud cuando se penetra en una nueva cárcel; se piensa en si nos negarán los objetos más necesarios, en si será preciso entablar nueva lucha por un poco de espacio, de libros ó de una mesa ó una cama.

En el vasto despacho de la cárcel esperaba un personaje de unos sesenta años, con barba blanca y anteojos sobre la nariz: llevaba un uniforme bastante usado y charreteras de oficial. Era el capitán Maltshinski, encargado cerca del director de los detenidos políticos.

Después que hubo registrado por sí mismo nuestro pequeño equipaje, nos condujeron á las diferentes divisiones que nos estaban destinadas.

Atravesé un largo y estrecho patio y llegamos

ante una puerta cochera. Allí el carcelero que me acompañaba hizo sonar una campana; apareció otro carcelero, y después de haberme hecho atravesar un patio no menos pequeño subimos hasta el tercer piso por una escalera de hierro.

Nos detuvimos en una meseta pequeña y obscura, que apenas tendría un metro cuadrado. Cinco puertas daban sobre la meseta; una de ellas estaba abierta y entré á pie llano en mi celda. Un golpe de vista me bastó para comprender que la estancia no era agradable. Tenía la forma de un triángulo equilátero, y era tan estrecha que apenas se podían dar tres pasos; una vaga claridad filtraba á través de una pequeña ventana, pero tenía una cama y otros objetos necesarios.

—En esta cueva he de habitar seis meses—me dije con desesperación.

Cerca de mí oí una voz que decía:

—Buenos días. ¿Quién es usted?

Había en las celdas vecinas otros dos prisioneros condenados también á trabajos en Siberia. Estaban complicados en el «proceso de los 14», ó proceso de Wera Figner, como le llamábamos nosotros, y fueron juzgados casi al mismo tiempo que yo.

Nos presentamos los unos á los otros al través de las rejillas de la puerta que daban sobre la misma meseta, lo que dejaba indiferente al carcelero. Poco después nos encontramos los tres en el estrecho patio donde íbamos á respirar un poco de aire. Recorríamos los cien pasos al ruido de las cadenas de nuestros pies y podíamos hablar con libertad, porque nos dejaron solos; las altas murallas que nos rodeaban eran garantía contra toda evasión.

Veía por primera vez prisioneros políticos con-

denados á trabajos forzados, hombres privados de todos sus derechos. Era un cuadro extraño: sus rostros eran jóvenes, pero marchitos; los dos llevaban gafas, su piel de carnero y sus cadenas. Todo daba la impresión de que no eran verdaderos presos, sino que llevaban un disfraz de extraño contraste con sus maneras distinguidas y su rostro inteligente. Tenían poco más ó menos mi edad; entre veintinueve y treinta años.

El mayor, Anastasio Spandoni Bosmandschi, había sido condenado á quince años de trabajos forzados, y el más joven, Wladimir Tschouikoff, á veinte años.

No parecían gozar de buena salud, y durante su larga estancia en la fortaleza de Pedro y Pablo habían estado todavía más enfermos; con sus caras pálidas y adelgazadas parecían salir de una larga convalecencia. Pero esta mala salud fué una felicidad para ellos: escaparon de ser enviados á la fortaleza de Schlüsselbourg, donde habían sido enviados todos los camaradas condenados en el mismo proceso. No nos conocíamos de antes, pero como pertenecíamos al mismo partido y se nos perseguía por las mismas ideas, fuimos pronto buenos amigos en la prisión.

Durante los primeros días el asunto de la conversación no se agotaba: hablábamos continuamente en el paseo y en la celdas. Mis temores respecto al régimen de la prisión no se confirmaron. Es verdad que las celdas eran incómodas, pero soportábamos ese ligero inconveniente á cambio de las otras ventajas.

Una de las primeras tardes fuí llamado al despacho, donde me esperaba el viejo capitán. Me dió una silla y me dijo que quería hablar conmigo á corazón abierto. Mis camaradas me lo habían

presentado como un buen hombre, afectuoso y sociable, que prestaba á los prisioneros políticos todos los servicios que podía. Así es que le respondí que nada me podía ser tan agradable.

—¿Espera usted poder escaparse? ¡No mienta! —me dijo:—yo lo sé. Mi deber es que esa tentativa no se realice. Se atormentará usted inútilmente para llevarla á cabo; pero yo quiero dulcificar cuanto me sea posible la suerte de los prisioneros. Si usted tiene necesidad de alguna cosa me la pide por escrito, se la enviaré al director y se hará todo lo que la ley permita.

No había escuchado jamás á un funcionario hablar de esta suerte; su tono y sus maneras inspiraban confianza. Este viejo señor me pareció conocer el estado de espíritu de los hombres. Sabía sin duda por los periódicos que me había escapado dos veces y empleaba un medio diplomático para disuadirme de otra tentativa y manifestarme su vigilancia á mi alrededor.

Este procedimiento me agradó, y le respondí con franqueza que todo prisionero condenado á trabajos forzados en Siberia no tiene otro deseo que el de escapar, pero le prometí que no trataría de hacerlo. Esta afirmación pareció contentar al viejo y nos separamos con la convicción de que viviríamos todos en buena inteligencia.

CAPÍTULO XIII

El proceso "de los 14,"—Recuerdos de Wera Figner.—Numerosas prisiones.—Agente provocador

Quando le dije al viejo capitán que no tenía ningún proyecto de evasión, fui absolutamente sincero. Me sentía deprimido por las circunstancias que habían rodeado mi prisión. Luego las emociones de los últimos meses me robaban las fuerzas. Era evidente que no renunciaría á mis deseos de libertad si las circunstancias se mostraban favorables, pero este deseo se había refugiado en lo más profundo del alma y me sentía incapaz de realizarlo por el momento.

Los primeros tiempos se pasaron en la paz y la tranquilidad; leía mucho y conversaba con mis camaradas. Lo que me contaron era en gran parte nuevo para mí y muy interesante. No sabía casi nada de los acontecimientos que habían motivado su proceso; en éste estuvieron complicados varios oficiales, y dos de ellos, el subteniente de navío barón von Stromberg y el subteniente Rogatscheff, fueron condenados á muerte y ejecutados. Pero lo más precioso é interesante para mí era el valor de la heroína del proceso, la célebre Wera Figner. Su nombre había estado en todos los labios, y ella fué durante largo tiempo la per-